

unido despues con Quilez, Cabrera y el Serrador, pensó en amenazar á Madrid. Atacaron primero á Requena, de donde fueron rechazados, y al llegar á Villarobledo en el mes de Setiembre, tropezaron con la division de Espartero, que por enfermedad de éste mandaba Alaix, y habiéndose trabado un encarnizado combate, gracias á la bizarría y valor indomable del coronel de húsares D. Diego Leon, sufrieron los carlistas una espantosa derrota. Fugitivos entonces se encaminaron hácia Córdoba, y luego á la provincia de Ciudad-Real, penetraron en Almaden donde hicieron capitular al comandante general de Extremadura Flinter, pero habiéndose separado Cabrera de Gomez, tuvo éste que limitar sus miras atrevidas, y descendió hasta las playas de Algeciras. En Andalucía no consiguió tampoco adquirir partidarios que era lo que buscaba, y sorprendido en Alcaudete por Alaix que lo desbarató, cojiéndole todos sus pertrechos y bagajes, tuvo que emprender una vergonzosa retirada, consiguiendo por último volver con los destrozados restos de su ejército al Norte, penetrando en Orduña á últimos de Diciembre.

Otra pequeña expedicion al mando de Cuevillas y D. Basilio se paseó por Castilla la Vieja, y ambos tuvieron que volver á su cuartel general con la conviccion de que sólo en el Norte podian contar con elementos que les favorecieran, pues el resto de España les habia hecho malísima acogida, y se hallaba dispuesto á defender el Trono constitucional de Isabel II. En efecto, infructuosos eran los esfuerzos que los cabecillas carlistas hacían por sublevar otras provincias de España. Merino, el feroz clérigo, espanto de los pacíficos castellanos, tenía que limitarse á vandálicas correrías, y las partidas de la Mancha eran más bien partidas de salteadores y bandidos que se limitaban al robo.

En Aragon y Valencia, gracias al valor y génio emprendedor de Cabrera se habia reanimado algo el partido carlista. Usando de males artes, segun pública voz, habia logrado este turbulento partidario hacerse el jefe de las fuerzas del Pretendiente en el Maestrazgo, despues de haber vendido á Carnicer que le estorbaba.

Algunas victorias afortunadas dieron á este guerrillero el aspecto de un general y una fama de valor y ferocidad que se estendió por todas partes. Su crueldad era salvaje; cuantos prisioneros hacía los mandaba fusilar ó acuchillar; parecia, segun la espresion de un historiador, una fiera arrojada de los montes por la sed de sangre humana. El fusilamiento de su madre, ocasionado no por venganza ni represalia de los liberales, sino á consecuencia de una causa por conspiracion, escitó hasta el delirio la natural ferocidad de Cabrera, que en adelante fusilaba sin compasion, no sólo hombres, sino mujeres, niños y familias enteras, sin que jamás se saciára su ferocidad.

Dueño este feroz partidario de todo el Maestrazgo, que viene á ser una inmensa ciudadela rodeada de baluartes y fortificaciones naturales, lo consideraba como su cuartel general desde donde hacía atrevidas escursiones, ya en el reino de Valencia, ya en el de Aragon, llevando la desolacion y el espanto doquiera que se presentaba, y señalando su camino con un reguero de sangre.

Tambien en Cataluña pululaban los carlistas, particularmente en la parte montañosa de aquellas ricas provincias, y contribuian á distraer las fuerzas de